CAPITULO OCTAVO.

Cuarto motivo de amor.

Jesucristo se ha hecho hombre para hacerse amar de los hombres.

SECCION PRIMERA.

I. El designio de obligar á los hombres á pagarle el tributo de su amor, no ha sido una de las menores razones por las cuales el Hijo de Dios se ha dignado revestirse de su humanidad. Para comprender bien esta verdad, es preciso ante todo, estar bien persuadido, de que Dios ha pedido siempre al hombre, sobre todas las cosas, su corazón y su amor. Así es como los intérpretes han explicado estas palabras del sabio: Hijo mío, dame tu corazón. (1) Para inclinarlo á darle su corazón y su amor se ha servido de los medios más admirables y más propios para hacerse amar. Conociendo el poder maravilloso de los beneficios sobre el corazón del hombre, lo ha colmado de ellos; le ha concedido inmensos en todo género, en número casi infinito é incomparablemente más que á toda otra criatura. Ha reunido en él todo el sér creado,

1 Præbe, fili mi, cor tuum mihi. Prov. XXIII, 26.

el sér simple, el alma vegetativa, sensitiva é inteligente, que había como distribuido y repartido á los elementos, á las plantas, á los animales y á los ángeles; en una palabra, ha hecho del hombre el gran objeto de sus liberalidades y de su amor, á fin de persuadirlo de la necesidad de conocerlo y amarlo. Además, siendo la semejanza el motivo más fuerte y más poderoso, para inclinar al amor, como lo enseña la filosofía, ha impreso el suyo en él y lo hizo á su imagen. (1) Y debemos advertir que Dios no ha hecho hacer al hombre á su imagen, como aquel que mandara hacer su retrato á un pintor; sino que El mismo es el que lo hizo así; ¡qué nuevo motivo de amor! Si el retrato de un rey pudiera hablar y amar á alguno, ¿á quién amaría com más razón que al rey mismo? y si el mismo rey lo hubiera pintado, no estaría aún más obligado á amarlo? Ah! ¿qué quereis que yo ame, pudiera responder, si lo obligaran á amar á otro en perjuicio del rey, á quién otro que á mí prototipo quereis que yo ame, puesto que soy su imagen que el me ha hecho, y que, además, es la persona más amable? Añadamos á todo esto, que Dios ha dado al hombre un corazón de tal manera inclinado á amar, que no puede vivir sin amor como sin movimiento, le ha dado un mandamiento expreso de amarle como á su Creador y á su soberano Señor; ha hecho depender bienes infinitos de la ejecución de este mandamiento, y castiga con males incontables su transgresión; en fin, ha empleado otros mil medios poderosos para ganar su afecto y unirse su corazón.

1 Creavit Deus hominem ad imaginem suam. Gen., I, 27.

II. Mas, viendo que todos estos medios eran inútiles, y que á pesar de la fuerza y poder que tienen, en lugar de amarle, el hombre prostituía indignamente su corazón á otros objetos; queriendo, á cualquier precio, atraer su corazón, Dios ha escogido, en los tesoros infinitos de su sabiduría y de su omnipotencia el último y más eficaz de todos los sacrificios; ha descendido del cielo y se ha hecho hombre.

"El motivo principal que ha determinado á Nuestro Señor á venir aquí á la tierra, y á revestirse de nuestra naturaleza, dice San Agustín, ha sido el hacer conocer al hombre hasta qué punto lo amaba Dios, á fin de que iluminado y convencido por este conocimiento, ardiera de amor por aquél que lo había amado primero que nadie." (1) Aun cuando el hombre estuviera obligado por toda clase de razones á amar á su Dios, sin embargo, experimentaba una dificultad muy grande para hacerlo. Siendo Dios un espíritu puro, invisible á nuestra naturaleza, é inaccesible á nuestros sentidos, no podía el hombre alcanzarle, porque en esta vida, su entendimiento no puede concebir sino lo que es material y sensible; los sentidos le transmiten los objetos que él propone á la voluntad, que es la única que puede amar. Por esto, Dios, para quitarle este obstáculo y facilitarle su amor, se ha dignado hacerse sensible, y por un exceso de bondad, se ha puesto en un estado en que el hombre

1 Maxime propterea Christus advenit, ut cognosceret homo quantum eum diligat Deus, et ideò cognosceret, ut in ejus amorem, à quo prior dilectus est, inardesceret. Aug., cap. IV, de catechis, rudibus.

puede verle con sus ojos, oírle con sus oídos, tocarle con sus manos; por este admirable medio, se ha hecho sensible y amable, y el corazón humano puede fácilmente unirse á él de una manera conveniente á su naturaleza. En otro tiempo, durante las crueles persecuciones contra los cristianos, sucedía frecuentemente que los animales más feroces, que lanzaban contra los santos mártires para desgarrarlos, se detenían derrepente, sin atreverse á hacerles algún daño; entonces los verdugos cubrían á los santos con algunas pieles de bestias, á fin de engañar los ojos de esos crueles animales y librarlos del respeto y miedo de que se sentían poseídos; engañados así, se lanzaban con furor sobre los mártires y los hacían pedazos; del mismo modo, no pudiendo el hombre casi comprender y amar sino las cosas sensibles y corporales, Dios, que es todo espíritu, se ha dignado revestirse de un cuerpo, á fin de dar al hombre posesión sobre él, si puedo decir así, y quitarle por este medio la única y última excusa que parecía tener algún fundamento.

Mas lo que hay más admirable en eso, es que Dios ha querido hacerse sensible en forma y naturaleza verdadera de hombre, con preferencia á toda otra naturaleza. *El Verbo se hizo carne*, y en este estado *habitó entre nosotros*. (1) Estas palabras expresan y encieran todo el misterio admirable de la Encarnación; por esto, la Iglesia las pone todos los días en boca de sus sacerdotes, en el santo altar, y los obliga á doblar la rodilla con los sentimientos más profundos de respeto, de reco-

1 Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. S. Joan, 1, 14.

nocimiento y amor. Y ciertamente, esto no es sin razón, puesto que por un exceso de bondad ha escogido nuestra naturaleza; porque pudo, para acomodarse á la impotencia de nuestro entendimiento y á la debilidad de nuestra voluntad, hacerse visible y sensible tomando una naturaleza corporal diferente de la nuestra; hubiera podido revestirse del sol, como de un vestido, y obrar nuestra salvación, difundiendo sobre nosotros los rayos de sus gracias; pero no era este el plan de sus amores, como lo advierte San Agustín. "Dios, dice él, ha preparado con una sabiduría maravillosa los remedios más propios para curar, en todos tiempos y de la manera más admirable, los males de sus criaturas; pero se dejó ver su ternura para con el género humano, nunca se dejó ver con más brillo como cuando la sabiduría misma de Dios, es decir el Hijo único, coeterno y consubstancial a su Padre, se ha revestido del hombre todo entero, y ha mostrado con esto á los espíritus carnales y dominados por los sentidos, cuán elevada estaba la naturaleza humana sobre las demás criaturas; porque, no solamente ha querido mostrarse á los hombres de una manera visible, (que bien podía sin duda encerrarse en un cuerpo celeste, cuyo brillo hubiera moderado y proporcionado á la debilidad de nuestros sentidos); pero ha querido venir á ser verdaderamente un hombre semejante á ellos." (1)

1 Cum omnibus modis medeatur Deus animis, pro temporum opportunitatibus, quæ mirâ sapientiâ ejus ordinantur, nullo modo beneficentiùs consulit generi humano, quà cùm ipsa sapientia Dei, id est, unicus filius consubstantialis Patri, et coæternus, totum hominem suscepit; ita enim demonstravit carnalibus, corporeisque sensibus deditis, quâm excelsum locum inter creaturas

Y el mismo santo da la razón de ello en otro lugar: "Esto es, dice, á fin de que los hombres pudieran amarlo con más facilidad y con una especie de familiaridad." (1) Alejandro el grandre, para hacerse agradable á los Persas y para hacerse dueño de sus corazones, como se hacía dueño de su país se presentaba delante de ellos vestido á lo persa; el Hijo de Dios, para hacerse amar más tiernamente de los hombres, sin necesitar de su amor para nada, *se revistió de su carne y se hizo semejante á ellos.* (2) Primero los había hecho á su semejanza, por el beneficio de la creación; después, él mismo se hizo semejante á ellos por el beneficio de la encarnación, para obligarlos, por esta doble y mútua semejanza á redoblar su amor hacia él. Por esto es que hablando de sí, se llamaba ordinariamente el *Hijo del hombre*; y no lo decía solamente por un sentimiento de humildad, ó para declarar el amor particular que tenía por el hombre, siguiendo el genio de la lengua hebrea que llama hijo de la paz á aquél que ama mucho la paz y que hace cuanto puede para procurarla, sino porque se había hecho semejante al hombre, y su imagen, así como el hijo es imagen y semejanza viviente de su padre.

III Por lo demás, es preciso advertir, con San Bernardo, que el Hijo de Dios, al concebir el no-

habeat humana natura, quod non solum visibiliter (nam et id poterat in aliquo ætherco corpore ad nostrorum aspectuum tolerantiam temperato), sed etiam homínibus in vero hofnine apparuit. Aug., de vera Relig., cap. X.

1 Ut familiariùs diligeretur ab homine Deus, in similitudinem hominis Deus apparuit Aug., Manual., XXVI.

2 In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Philip., II, 7.

ble designio de tomar un cuerpo, y un cuerpo humano para hacerse más fácilmente amar de los hombres, ha querido ganarles los corazones y conducirlos á un amor particular hacia su santa humanidad, que era un objeto conveniente á su naturaleza, y, por este amor, hacerlos subir como por grados hasta el amor de su divinidad "En cuanto á mí, yo pienso, dice este santo doctor, que la causa principal por la cual Dios, que es invisible, ha querido hacerse ver en nuestra carne y conversar con los hombres bajo la forma de un hombre, ha sido, el condescender con la naturaleza de ellos toda carnal, y arrancarles al amor funesto de las criaturas atrayéndolas al amor tan saludable de su santísima humanidad, para elevarlos en seguida poco á poco al amor más espiritual de su divinidad. (1) Y aun cuando el amor hacia la humanidad santa de Nuestro Señor sea un don, y un gran don del Espíritu Santo, puede, sin embargo, llamársele carnal en alguna manera, si se le compara, no tanto al amor que se siente por el Verbo hecho carne y considerado en su humanidad, sino al amor del Verbo en tanto que es sabiduría, justicia, verdad, santidad, y que es contemplado y amado en su divinidad. (2)

1 Ego hanc arbitror præcipuam invisibili Deo fuisse causam, quòd voluit in carne videre, et cum homínibus homo conversari, ut carnalium videlicet qui nisi carnaliter amare non poterant, cunctas primò ad suæ carnis salutarem amorem affectiones retraheret, atque ita gradatim ad amorem perduceret spiritualem. Bern., Serm. 20. in. Cant.

2 Et licèt donum et magnum donum spiritûs sit erga carnem Christi devotio, carnalem tamen dixerit hunc amorem, illius utique amoris respectu, quo non tàm verbum caro sapit, quàm verbum sapientia, verbum justitia, verbum veritas, verbum sanctitas, pietas, virtus, et si quid aliud, quod sit hujusmodi, dici potest, Bern., Serm. 20, in Cant.

IV. A esta razón, que ha traído á Jesu-Cristo á revestirse de nuestra naturaleza, brevemente añadiré yo otras dos, que tienden al mismo fin, y que merecen nuestra atención. La primera, es que Dios se ha encarnado porque quería agotar todos sus tesoros en favor del hombre y usar para con él de la mayor liberalidad posible, uniendo personalmente su esencia á la suya, y dándose todo á él, lo que es todo decir; así Jesu-Cristo dijo á Nicodemus estas bellas palabras: *Dios ha amado á los hombres hasta tal punto, que les ha dado á su único Hijo.* (1) La segunda razón, es que él quería encontrar el medio de ser la felicidad completa del hombre, no solamente la de su alma, sino también la de su cuerpo. En efecto, por una parte, el amor más grande que el hombre experimenta es el de su último fin y de su felicidad soberana, puesto que todos los deseos y todos los afectos del hombre por los honores, placeres y riquezas de este mundo, hacia las cuales se siente transportado algunas veces con tanta violencia, no son sino los retoños de él; por otra parte, como está compuesto de un cuerpo como también de un espíritu, necesita para la felicidad de su cuerpo un objeto corporal. Y bien! para que el hombre no se viera obligado á dividir su amor y á amar á otro que á él, ó con él, ha agradado á esta majestad soberana el tomar un cuerpo, á fin de que el hombre encontrara en él toda su felicidad, la de su alma y la de su

1 Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret. Joan III. 6.

cuerpo, y de este modo reuniera en él todos sus afectos. Tal es el pensamiento de San Agustín: "Dios, dice él, se hizo hombre por los hombres, á fin de que una y otra parte del hombre encontrasen su felicidad en él, que el ojo de su alma quedara saciado contemplando su divinidad, el de su cuerpo contemplando su humanidad, y que la naturaleza humana, criada por él, encontrárase, sea interiormente, sea exteriormente, el alimento abundante de que tiene necesidad." (1)

1 Deus propter homines factus est homo, ut uterque sensus hominis in ipso beatificaretur et reficeretur oculos cordis in ejus divinitate, et oculus corporis in ejus humanitate, ut sive ingrediens, sive egrediens, in ipso pascua inveniret humana natura cóndita ab ipso. Aug., Manual, cap. XXV.

SECCION SEGUNDA.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Este motivo es muy poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Nuestro Señor lo predijo.—III. La naturaleza humana lo ha prometido.

I A aquel que nos ha amado tan tiernamente, amémoslo tierna y ardientemente; esta es la conclusión que debemos sacar de todo este discurso. San Pablo, todo abrasado de este amor, fulmina este anatema contra aquellos que no lo amasen: *Si alguno no ama á Jesu-Cristo, que sea maldito del cielo y de la tierra*, que sea desterrado y exterminado de entre los vivos; tan justo es así el amar á un señor tan amable y tan amante, y el no amarlo es tan injusto y criminal así. (1) La razón de esto está marcada en la palabra syriaca maran-atha, que significa *Nuestro Señor ha venido*. Es nuestro señor, el Hijo de Dios y Dios mismo, infinitamente bueno, infinitamente bello, infinitamente sabio é infinitamente perfecto y por consiguiente infinitamente amable, á quien somos deudores de beneficios tan grandes é innumerables como hemos recibido, y recibimos todos los días; que nos los prepara sin cesar, y que, sobre todo es-

1 Si quis non amat D. N. J. C., sit anathema: maran-atha. I. Cor., XVI. 22.

to se ha hecho hombre para hacerse amar de nosotros; que desea y que pide nuestro amor con un amor inconcebible. Aun cuando no tuviéramos los millones de motivos para amarlo como tenemos, el sólo deseo que él tiene ¿no debiera bastar para obligarnos á ello? El Padre Avila dice (1) que este deseo es tan grande en Dios que si pudiera sufrir, le causaría la muerte. ¿Qué podemos añadir á esto? ¿Y no es acaso para atestiguarnos el ardor de su deseo y verlo satisfecho por lo que ha hecho la cosa más nueva y la más extraña que ha habido jamás, y que será durante toda la eternidad el objeto de la admiración y asombro de todas las criaturas, es decir, haber tomado un cuerpo y haberse hecho hombre?

Si un habitante de la China ó del Japón viniera á México, si dejara su país, su casa, sus parientes, sus amigos; si se expusiera al hambre, á la sed, al calor, al frío, á mil peligros para su vida únicamente por buscar nuestra amistad; si nos rogara y suplicara con todas las instancias posibles que lo apreciásemos, ¿habría alguno tan desnaturalizado y tan bárbaro que quisiera, mas aún, que pudiera rehusarle su amor, después de un viaje tan largo y penoso, después de tantos peligros, tantos trabajos tomados por nosotros, y después de pruebas tan grandes de su amor? Al contrario, ¿no todos se apresurarían á probarle á porfía su afecto? Si vuestro rey os pidiera una cosa, si os rogara con la instancia más viva que le diérais tal cosa; si os lo mandara con autoridad soberana; si os prometiera mil bienes en recompensa de

1 Epist. 9.

vuestra buena voluntad en concedérsela; si os amenazara, en caso de negativa, con la prisión y la muerte: si esta cosa fuera de tal naturaleza que pudiérais dársela, no solamente sin trabajo y sin incomodidad; sino con muchas ventajas para vos, ¿por quién pasaríais entre los hombres, si se lo negarais? Y aun cuando no encontrárais en ella interés alguno, la sola consideración de la dignidad de su persona, el ardor de su deseo y de su petición, ¿no sería bastante para arrancar vuestro consentimiento? Mas el Dios de gloria, el Rey de los reyes, y el Señor de los señores ha bajado del cielo á la tierra; se ha humillado y abatido infinitamente tomando un cuerpo pasible y mortal; ha aceptado los sufrimientos más terribles para ganar nuestros corazones y ser amado de todos. ¿Hay acaso un solo hombre, si le queda una chispa de razón y un germen de sentimiento, que, viéndose así perseguido por esa majestad adorable, pueda cerrarle la puerta de su corazón, sino antes bien que no lo haga dueño enteramente de él? Sólo se ha encontrado un hombre en el mundo, que haya hecho profesión abierta de nada amar y de no ser amado de nadie: que es Timon el Ateniense, llamado con el sobre-nombre de el enemigo de los hombres. (1) Persistía en su humor feroz, ó por grandeza de valor, no viendo nada entre los hombres que fuera digno de su amor, ó por antipatía. ¡Y bien! si él volviera á la vida, si él pudiera conocer un objeto tan amable como un Dios hecho hombre por él, si se viera amado tan ardientemente, tan sinceramente, tan cordialmen-

1 Nec amat, nec amatur ab ullo

te y tan constantemente por un Señor tan amable, él dejáría muy pronto de ser insensible; toda su obstinación caería, no podría dejar de amarlo. San Crisóstomo dice también, explicando las palabras de San Pablo, desde que el Hijo de Dios se encarnó, ya no queda excusa ni perdón para aquel que no lo ama. "Amais al hombre, dice Santo Tomás, porque es hombre y á causa de la semejanza de naturaleza que tiene con vos; y bien! para que el hombre no tuviera esta ventaja sobre Dios, y que esta consideración no nos hiciera preferir el hombre á Dios, Dios se hizo hombre. Si pues amais al hombre porque es hombre como vos, amad con preferencia á aquel que se ha hecho hombre por vos, para rescataros por la muerte de su humanidad, para nutriros con el sacramento de su cuerpo y de su sangre, para instruiros con sus ejemplos, para hacer á vuestra alma y á vuestro cuerpo dichosos por el gozo eterno de sus dos naturalezas." (1) Después de esto, ¿no tiene razón el ápóstol de lanzar los rayos de la maldición contra aquel que no ame á Jesu-Cristo? Nadie podrá libertarse de la imprecación de San Pablo, si se da á otro que á Jesu-Cristo después de haber sido tan amado de él, y haber sido rescatado con una solicitud tan amorosa.

1 Es amicus hominis propter naturæ conformitatem, quia homo est; ne in hoc praeponderaret, et ideò praeligeretur homo Deo, Deus factus est homo. Quare si amicus es hominis qui tecum fit, vel factus est homo potiùs ejus qui propter te factus est homo; utique propter te redimendum morte humanitatis, propter te factus est homo; utique propter te redimendum morte humanitatis, propter te nutriendum sacramento corporis et sanguinis, propter te erudiendum exemplis, et beatificandum dupliciter duabus naturis. S. Thom., Opusc. LXI, cap XIX.

II. Bastante motivo hay para esperar que estas razones abrirán los ojos á los hombres, y los harán tomar fuertes resoluciones de amar al Hijo de Dios. Este Hijo de Dios, la primera verdad, lo había predicho ya hacía largo tiempo por el profeta Oséas: *Yo atraeré, dice, yo atraeré á los hombres con los lazos de Adán, con los lazos de la caridad*, yo me revestiré de su carne para mostrarles mi amor y obtener el suyo; *yo endulzaré, yo aligeraré el yugo* del mandamiento que les había hecho de amarme, haciéndoselos dulce y fácil. (1) Notad bien que él llama á su carne sagrada y á su humanidad santa, no una cuerda, sino lazos, *cuerdas*, porque todas las partes de su carne, todos los miembros de su cuerpo, todos los cabellos de su cabeza, todas las gotas de su sangre, son otras tantas cuerdas y lazos formados por el amor para atraer los corazones de los hombres al amor.

III. Si el Hijo de Dios ha prometido que haciéndose hombre, encendería á los hombres en su amor, la naturaleza humana le ha prometido solemnemente también que, si él lo hacía, ella lo amaría con todo su corazón; porque, al suplicarle que le hiciera esta gracia, exclama en Isaías: ¡Oh Hijo único de Dios, vos que estais sentado en lo más alto de los cielos sobre vuestro trono de gloria, rodeado de luz en medio de las adoraciones de vuestros ángeles, ah! quiera vuestra majestad divina levantarse y descender sobre la tierra! Levantaos, levantaos, ¡oh Dios de las misericordias! cumplid vuestras promesas, *rasgad los cielos para apresu-*

1 In funiculis Adam traham eos, in vinculis caritatis, et ero eis quasi exaltans jugum super maxilas eorum. Osée. cap. XI. 4.

rar vuestra visita; si os rendís al ardor de nuestros deseos y de nuestros votos, *las montañas se aplanarán en vuestra presencia, las rocas más duras se romperán*, los corazones más insensibles, los espíritus más orgullosos, atraídos por la fuerza todopoderosa de vuestro amor, vendrán á arrojarse en vuestras dulces cadenas; los corazones endurecidos se enternecerán; *los vereis derretirse delante de vos, como la cera en la lumbre;* las almas heladas arderán de amor. (1) Cuando hayáis obrado esta maravilla, los hombres más rebeldes y más necios vendrán á rendiros las armas, y á haceros homenaje de sus corazones y de todos sus afectos. La Esposa santa, suspirando por el mismo favor, dice á su Esposo: *Atraedme tras de vos; correremos al olor de vuestros perfumes.* (2) Como si ella hubiera querido decir: todas las criaturas que habeis hecho por mí, todos los favores de que me habeis colmado me atraen á vos, pero muy débilmente todavía; me atraen, pero no me llevan tras de sí; sus lazos no son bastante fuertes, y yo soy tan difícil para seguir; pero atraedme vos mismo con los lazos de la carne de Adan, dignándoos revestiros de ella por mí; y entonces, os lo prometo, atraído por el olor suave de vuestra humanidad, iré, correré tras de vos, con todos los corazones. La misma Esposa, después de haber obtenido el objeto de su petición y viéndose en los brazos de su muy amado, dice en su estillo lleno de mis-

1 Utinàm dirumperes cœlos, et descenderes; á facie tua montes defluerent Sicut exustio ignis tabescerent, atque arderent igné... Cùm feceris mirabilia, non sustinebimus. Isaías, LXIV. 1.

2 Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum. Cant. I, 3.

terios: *Las mandragoras han esparcido su agradable olor; tenemos á nuestras puertas toda clase de frutos: os guardé, oh mi muy amado, los nuevos y los añejos.* (1) Para comprender bien estas palabras, es preciso advertir que la manzana es tomada por todos los autores, por el símbolo del amor, (2) y que la mandragora, siguiendo el parecer de los intérpretes sobre este pasaje, y de los que han escrito acerca de la naturaleza de las plantas es una yerba que tiene propiedades admirables, que pueden figurar la Encarnación del Hijo de Dios: 1.° su raíz casi tiene la figura del cuerpo humano; 2.° es medicinal; 3.° sus tomates son muy bellos, muy dulces y de un olor agradable; 4.° procura un dulce sueño; 5.° es narcótica, adormece y hace perder el dolor al miembro que se corta; 6.° es un remedio para la esterilidad; en fin, es un encanto poderoso y un filtro violento para inclinar al amor; por esto los hebreos le dan un nombre derivado del del amor; los griegos y los latinos la llaman *Circoeium* por la misma razón." Todas las virtudes de la mandragora nos muestran los efectos del misterio de amor de la encarnación, misterio en el cual Jesús ha aparecido infinitamente bello, sea á causa de su divinidad, belleza esencial y origen y fuente de toda belleza; sea á causa de su humanidad, elevada en belleza sobre todos los ángeles y los hombres, dotada en el grado más alto de todas las perfecciones de la

1 Mandragoræ dederunt odorem suum: in portis nostris omnia poma nova et vetera: dilecte mi, servavi tibi. Cant. VII, 13

2 S. Epiph. in phgs. Cap. IV.—Theophr de plantis, ch. X. Philost. in Iœone amorum, et ibi Vignerus.

naturaleza y de la gracia, como dice Isaías; (1) también por esta humanidad santa ha embalsamado al mundo con el perfume suave de sus virtudes incomparables.

En una palabra, en este misterio de la encarnación, el Hijo de Dios ha traído consigo y en sí los remedios infalibles para todas nuestras enfermedades y á todas nuestras llagas, y por la dulce violencia del amor inmenso que nos ha mostrado, como por un encanto y un filtro potente, ha enternecido los corazones más duros, los ha domado y sometido á su amor, y los ha obligado á darle un amor lleno de verdad, de fuerza y de ardor. Este amor es el que, por su fuerza, ha hecho fecundos en buenas obras á los hombres que hasta entonces habían sido estériles, los ha hecho olvidar á las criaturas para no pensar sino en él, y los ha revestido de un valor tan grande, que insensibles á los objetos más seductores de la naturaleza, sufren generosamente que les despedacen sus miembros, la pérdida de sus bienes, de sus honores, de sus placeres y de cuanto más querido tienen en el mundo, más bien que ofenderle. ¡Oh mi muy amado, dice la Esposa de los cantares con todo el ardor de su corazón, desde que habeis difundido el olor de esta misericordia infinita y de este amor incomparable, os he dado cuanto en mí había de antiguo y nuevo, todos mis pensamientos, todas mis palabras y todas mis obras pasadas, presentes y futuras; os he consagrado irrevocablemente mi corazón, mi amor y todos mis afectos.

3 Formosus in stolâ suâ. Is., LXIII, 1.

CAPITULO NOVENO.

Quinto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro Esposo.

I. Cómo es nuestro Señor esposo nuestro.—II. Bienes y grandeza de la esposa del Hijo de Dios.—III. Jesu-Cristo es el fruto de esta alianza.—IV. Deberes de esta esposa.

El Hijo de Dios no se contentó, para obligarnos á amarlo, con hacerse sensible, revistiéndose de nuestra naturaleza; su amor lo ha llevado mucho más lejos, porque ha escogido lo que había de más amable en esta naturaleza para ofrecerse á nosotros. Y como los sentimientos más fuertes, los más tiernos, los más afectuosos son los que existen entre los esposos, los hermanos y las hermanas, Jesu-Cristo, por un exceso de amor, se hizo nuestro esposo y nuestro hermano. (1)

I. Nuestro Señor, el Hijo único de Dios, es por consecuencia nuestro esposo; de éste nadie puede dudar, puesto que lo decimos y lo oímos decir tan frecuentemente. David, hablando de él y del misterio de su encarnación, dice: *Ha salido como un esposo de su tálamo nupcial*, es decir, como lo explica San Agustín, del seno purísimo de la Sma.

1 ¡Parece increible cómo aparecerá el día del juicio!